

«Lox.—Señor Silvano, ¿qué quiere decir que el Auctor de mi retrato no se llama Cordovés, pues su padre lo fué y él nació en la diócesis?»

«Silv.—Porque su castísima madre y su cuna fué en Martos, y como dicen, no donde naces, sino con quien paces» (pág. 239).

Cordobesa hizo á su heroína: «La señora Lozana fué natural compatriota de Séneca» (pág. 5). Y del mercado de aquella ciudad se acuerda ella misma con cierta melancolía, repitiendo el viejo cantar de los Comendadores:

«En Córdoba se hace los jueves, si bien me recuerdo:

Jueves era, jueves,
Día de mercado,
Convidó Hernando
Los Comendadores.

»¡Oh, si me muriera cuando esta endecha oí» (pág. 72).

De la Peña de Martos, que nunca perteneció á la diócesis de Córdoba, sino á la de Jaén, hace una curiosísima disertación, consignando algunas leyendas locales: «Los atautes de plomo y marmóreos escritos de letras góticas é de egipcíacas»; «la fuente con cinco pilares á la puerta de la villa, edificada por arte mágica en tanto espacio cuanto cantó un gallo»; la fuente, todavía más salutífera, de Santa Marta, donde «la noche de San Juan sale la cabelluda, que quiere decir que allí muchas veces apareció la Madalena, y más arriba está la peña de la Sierpe, donde se ha visto Santa Marta defensora, la cual allí miraculosamente mató un ferocísimo serpiente, el cual devoraba los habitantes de la cibdad de Marte, y ésta fué la principal causa de su despoblación» (pág. 237).

Todo este capítulo, perdido entre los horrores de la *Lozana*, hace el efecto de un idilio que sosiega apaciblemente el ánimo, y algo dice en pro de su autor. No debía de ser enteramente malo y corrompido el hombre que en medio de su vida loca y desenfrenada sentía la nostalgia del «alamillo que está delante de la iglesia de Martos», y á quien el espectáculo de la perversión de Roma y Venecia traía á la memoria por contraste la honestidad y devoción de las mujeres de su tierra. «Y si en aquel lugar, de poco acá, reina alguna envidia ó malicia, es por causa de tantos forasteros que corren allí por dos cosas: la una porque abundan los torculares (lagares), y los copiosos graneros, juntamente con todos los otros géneros de vituallas, porque tiene cuarenta millas de términos, que no le falta, salvo tener el mar á torno; la segunda, que en todo el mundo no hay tanta caridad, hospitalidad y amor proximal cuanto en aquel lugar, y cáusalo la caritativa huésped de Christo (Santa Marta)». Indudablemente algún jugo de alma conservaba el que escribió estas cosas: válganle en atenuación de tantas otras.

En el prólogo de su edición del *Amadís* se precia de haber sido discípulo de Antonio de Nebrija, á quien también menciona en la *Lozana*: «Eso que está escrito, no creo que lo leyese ningún poeta, sino vos, que sabeis lo que está en las honduras, y *Lebríxa* lo que en las alturas, excepto lo que estaba escrito en la fuerte peña de Martos, y no alcanzó á saber el nombre de la cibdad, sacrificando el dios Marte, y de allí le quedó el nombre Martos á Marte fortísimo» (pág. 264).

Pero no creo que se aprovechase mucho de la doctrina de tan excelente maestro,

ni que llegase á ser nunca un verdadero humanista. Su arqueología es popular y del gusto de la Edad Media (1); su estilo, el de la conversación, no el de los libros: rara vez cita autores clásicos. Quizá su relativa incultura le libró de pedanterías y afectaciones, que en su tiempo eran frecuentes, pero en cambio rebajó su ideal artístico hasta un punto que apenas pertenece á la literatura.

Durante el pontificado de Julio II (2), probablemente siendo ya clérigo, pasó como tantos otros á Roma en busca de algún beneficio, y allí debió de obtener ese vicariato del valle de Cabezuela, que según la relajada disciplina de aquel tiempo sería nominal y no le privaría de la residencia «in curia». De sus ocupaciones en Roma, del género de sociedad que frecuentaba y de los achaques que su vida pecadora le produjo, hay largos y nada edificantes detalles en la *Lozana*, donde el autor interviene á cada momento como grande amigo y confidente de la heroína. El vicio tenía entonces su castigo inmediato y terrible en aquella nueva peste que apareció con horrendo estrago á fines del siglo xv, cebándose en los ejércitos franceses y españoles que lidiaban en el reino de Nápoles. Sobre esta dolencia hay en la *Lozana* algunos detalles que pueden

(1) Véase una muestra:

«Lozana.—Mira, no te ahogues, que este Tiber es carnicero como Tormes, y pareceme que tiene este más razon que no el otro.

»Sagüeso.—¿Por qué éste más que los otros?

»Loz.—Has de saber que esta agua que viene por aquí era partida en munchas partes, y el emperador Temperio quiso juntarla y que viniese toda junta, y por más excelencia quiso hacer que jamás no se perdiese ni faltase tan excelente agua á tan magnífica cibdad, y hizo hacer un canal de piedras y plomo debaxo á modo de artesa, y hizo que de milla á milla pusiesen una piedra y escrito de letras de oro su nombre, Temperio, y andaban dos mil hombres en la labor cada día; y como los arquimaestros fueron á la fin que llegaban á Ostia Tiberiana, antes que acabasen vinieron que querían ser pagados. El Emperador mandó que trabajasen sin entrar en la mar; ellos no querían, porque si acababan, dubitaban lo que les vino, y demandaron que les diese su hijo primogénito, llamado Tiberio, de edad de diez y ocho años, porque de otra manera no les parecía estar seguros; el Emperador se lo dió, y por otra parte mandó saltar las aguas, y así el agua con su impetu los ahogó á maestros y laborantes y al hijo, y por eso dicen que es y tiene razon de ser carnicero Tiber á Tiberio» (pp. 262-263).

Ignoro el origen de esta leyenda, que no encuentro en el precioso libro de Graf, *Roma nella memoria e nelle immaginazioni del Medio Evo*.

Otros rasgos de esta arqueología infantil hay en la *Lozana*: «Os puedo mostrar al *Rodriguillo español de bronce*; hecha fué estatua en Campidolio, que se saca una espina del pie y está desnu-do» (pág. 48).

«Lozana.—¿Por dó hemos de ir?

»Rampin.—Por aquí, por plaza Redonda, y vereis el templo de Panteon, y la sepultura de Lucrecia Romana, y el aguja de piedra que tiene la ceniza de Rómulo y Rémulo, y la coluna labrada, cosa maravillosa» (pág. 69).

(2) «Auctor.—Y á vos no conocí yo en tiempo de Julio segundo en plaza Nagona, quando sirviesdes al señor canónigo?» (pág. 84).

La acción de la *Lozana* pasa en 1513, puesto que se menciona la coronación de León X:

»Loz.—Yo venía cansada, que me dixeron que el Santo Padre iba á encoronarse. Yo, por verlo, no me curé de comer.

»La Sevillana.—¿Y vístelo por mi vida?

»Loz.—Tan lindo es, y bien se llama Leon décimo, que así tiene la cara» (pág. 23).

De las cosas del tiempo de Alejandro VI se habla en la *Lozana* como de oídas: «Ya es muerto el duque Valentin, que mantenía los haraganes y vagamundos» (pág. 254).

interesar á la historia médica (¹). Su autor adoleció, como tantos otros, de las *pestíferas bubas* (ni eran para otra cosa los pasos en que andaba), y para entretener ó consolar la *pasión melancólica* que su enfermedad le produjo, compuso un tratado *de consolatione infirmorum*, que al parecer fué impreso, pero del cual sólo conocemos el título (²). Y habiendo logrado cierto alivio con el cocimiento del *guayaco* ó palo santo de las Indias, que, introducido en España en 1508 y en Italia en 1517, había suplantado en la terapéutica al mercurio, desacreditado por el brutal empirismo con que se administró en los primeros momentos, determinó convertir en beneficio de sus prójimos y juntamente de su bolsa aquella preparación farmacéutica, y compuso un cierto electuario, que vendía como un específico, aunque la Lozana no tenía mucha fe en su eficacia. «Di que sanarás el mal francés, y te judicarán por loco del todo, » que esta es la mejor locura que uno puede decir, salvo que el legno es salútfero» (página 280).

El rarísimo opúsculo, escrito en italiano, en que Delicado expuso su plan curativo, reservándose el secreto de su composición, se ocultó á la diligencia de Nicolás Antonio, pero no á la del erudito médico de Montpellier Astruc, famoso especialista en esta materia, ni á los historiadores de nuestra Medicina, Morejón y Chinchilla (³), que parecen haber tomado de él sus noticias. Uno y otro llaman al autor Francisco Delgado, y así le denomina también el privilegio que le concedió Clemente VII para la impresión de su libro en 4 de diciembre de 1526. Acaso fuese éste su verdadero ape-

(¹) «Loz.—Dime Divicia, ¿dónde comenzó ó fué el principio del mal francés?»

»Divicia.—En Rapolo, una villa de Génova, y es puerto de mar; porque allí mataron los pobres de San Lázaro, y dieron á saco los soldados del rey Carlo Cristianísimo de Francia aquella tierra y las casas de San Lázaro .. y luego incontinenti se sentían los dolores acerbísimos y lunáticos, que yo me hallé allí y lo vi, que por eso dicen el Señor te guarde su ira, que es esta plaga que el sexto ángel derramó sobre casi la mitad de la tierra.

»Loz.—¿Y las plagas?»

»Div.—En Nápoles comenzaron, porque también me hallé allí cuando dician que habían enfeñonado los vinos y las aguas; los que las bebían luego se *aplagaban*, porque habían echado la sangre de los perros y de los leprosos en las cisternas y en las cubas, y fueron tan comunes y tan invisibles, que nadie pudo pensar de dónde procedían. Muchos murieron, y como allí se declaró y se pegó, la gente que despues vino de España llamábanlo mal de Nápoles, y éste fué su principio, »y este año de veinte y cuatro son treinta é seis años que comenzó. Ya comienza á aplacarse con el legno de las Indias Occidentales, cuando sean sesenta años que comenzó, al hora cesará» (pp. 273 y 274).

(²) «Y si por ventura os veniere por las manos un otro tratado *de Consolatione infirmorum*, podeis ver en él mis pasiones, para consolar á los que la fortuna hizo apasionados como á mí; y en el tratado que hice del leño del India, sabreis el remedio mediante el cual me fué contribuida la sanidad, y conoceréis el Auctor no haber perdido todo el tiempo, porque como vi coger los ramos del árbol de la vanidad á tantos, yo, que soy de chica estatura, no alcancé más alto, asenteme el pie hasta pasar, como pasé, mi enfermedad» (pág. 334).

(³) *Historia bibliográfica de la Medicina Española, obra póstuma de D. Antonio Hernández Morejón*, tomo II, Madrid, 1843, pág. 219.

Anales Históricos de la Medicina en general, y biográfico-bibliográficos de la española en particular, por D. Anastasio Chinchilla. Historia de la Medicina Española, tomo I, Valencia, 1841, página 186.

Las donosísimas coplas de Cristóbal de Castillejo «en alabanza del palo de las Indias, estando en la cura del», cuya fecha es lástima no conocer, prueban el entusiasmo y avidez con que fué recibido el nuevo remedio.

lido, ligeramente alterado por él para acomodarle á los oídos italianos; pero es lo cierto que en todas sus publicaciones usó constantemente el de Delicado.

Graves y tremendos sucesos impidieron que el tratadillo sobre *il mal francese* fuese publicado por entonces. No se imprimió hasta 1529, en Venecia, un año después de la *Lozana*, sin duda para que el segundo libro sirviese como de preservativo ó antídoto del primero (¹). La entrada del ejército imperial en Roma, con todas las atrocidades que acompañaron á su estancia de diez meses, le pareció providencial castigo de anteriores abominaciones, y repitió, como Alfonso de Valdés y tantos otros, el *vae tibi civitas meretrix*. «¿Quién jamás pudo pensar, oh Roma, oh Babilonia, que tanta confusión pusiesen en ti estos tramontanos occidentales y de Aquilon, castigadores de tu error?... ¿Pensó nadie jamás tan alto y secreto juicio como nos vino este año á los *habitadores* que ofendíamos á su majestad?... ¡Oh cuánta pena mereció tu libertad, y el no templarte, Roma, moderando tu ingratitude á tantos beneficios recibidos, pues eres cabeza de santidad y llave del cielo, y colegio de doctrina, y cámara de sacerdotes y patria común!... ¡Oh vosotros que vernés tras los castigados, mirá este retrato de Roma, y nadie ó ninguno sea causa que se haga otro!...» (páginas 337-338).

Las últimas páginas que sirven de apéndice á la *Lozana* están escritas bajo la impresión de aquella catástrofe y tienen un vigor que recuerda á veces el *Diálogo de Lactancio*: «Sucedió en Roma que entraron y nos castigaron y atormentaron y saquearon catorce mill teutónicos bárbaros, siete mill españoles sin armas, sin zapatos, con hambre y sed, italianos mill y quinientos, napolitanos *reamistas* dos mill, todos estos infantes; hombres dardmas seiscientos, estandartes de jinetes treinta y cinco, y más los gastadores, que casi lo fueron todos, que si del todo no es destruida Roma, es por el devoto femenino sexo, y por las limosnas y el refugio que á los peregrinos se hacía: agora á todo se ha puesto entredicho, porque entraron lunes á dias seis de mayo de mill e quinientos e veinte e siete, que fué el oscuro dia y la tenebrosa noche para quien se halló dentro, de cualquier nacion ó condicion que fuesen, por el poco respeto que á ninguno tuvieron, máxime á los perlados, sacerdotes, religiosos... Profanaron sin duda cuanto pudiera profanar el gran Sofi si se hallara presente...» (págs. 344-45). «¡Oh gran juicio de Dios! venir un tanto ejército *sub nube* y sin temor de las maldiciones sacerdotales, porque Dios les hacía lumbre la noche y sombra el día para castigar los *habitadores* romanos, y por probar sus siervos, los cuales somos mucho contentísimos de su castigo, corrigiendo nuestro malo y vicioso vivir, que si el Señor no nos amara no nos castigara por nuestro bien; ¡mas guay por quien viene el escándalo!» (pág. 346).

Con esta inesperada lección acaba un libro de tan frívolas apariencias y vergonzoso contenido. Las ideas que en estos párrafos se apuntan no eran peculiares del grupo llamado *erasmista*, aunque lograsen bajo la pluma del elegante secretario de Carlos V su expresión más atrevida. Otros españoles de no sospechosa ortodoxia abundaban en

(¹) *Il modo de adoperare el legno de India occidentale, salútfero remedio a ogni piaga et mal incurable, et si guarisca il mal Francese; operina de misser prete Francisco Delicado. (Al fin): Impressum Venetiis sumptibus vener. presbiteri Francisci Delicati Hispani de Oppido Martos, die 10 Februarii 1529. 4.º, ocho folios de letra gótica.*

el mismo sentir. «Es la cosa más misteriosa que jamás se vió... (decía el abad de Nájera, comisario del ejército del duque de Borbón). Es sentencia de Dios: plega á él » que no se *desdeñe* (italianismo por *indigne*) contra los que lo hacen». En otra relación anónima y dirigida también al Emperador leemos: «Esta cosa podemos bien creer que » no es venida por acaecimiento, sino por divino juicio, que muchas señales ha habido... » En Roma se usaban todos los géneros de pecados muy descubiertamente, y hales » tomado Dios la cuenta toda junta» (1).

Delicado salió de Roma con el ejército español á diez días de febrero de 1528, «por no esperar las crueldades vindicativas de los naturales», y desde entonces parece haber fijado su domicilio en Venecia. Los *mamotretos* que había llevado consigo fueron su tabla de salvación en aquel naufragio. Entonces publicó la *Lozana* y el tratado del *leño de la India*. «Esta necesidad me compelió á dar este retrato á un estampador » por remediar mi no tener ni poder, el cual retrato me valió más que otros cartapacios » que yo tenía por mis legítimas obras, y éste, que no era legítimo, por ser cosas *ridículas*, me valió á tiempo, que de otra manera no lo publicara hasta despues de mis » días, y hasta que otrie que más supiera lo enmendara» (pág. 347).

En Venecia vivió dedicado principalmente á la corrección de libros españoles, que entonces tenían muchos aficionados en Italia. Son conocidas y gozan de grande estimación bibliográfica sus ediciones del *Amadís de Gaula* (1533) y del *Primaleón y Polendos* (1534). Hizo también dos de la *Celestina* en 1531 y 1534, y creo por varios indicios que se le puede atribuir también una rarísima de la *Cárcel de Amor* (2). Acaso con el tiempo se descubran otras.

Previas estas noticias, muy incompletas sin duda, pero que nos permiten columbrar la extraña psicología de Francisco Delicado, digamos algo de la *Lozana Andaluza*, sin entrar, por supuesto, en su análisis; que no es tarea para ningún crítico decente. La *Lozana*, en la mayor parte de sus capítulos, es un libro inmundo y feo, aunque menos peligroso que otros, por lo mismo que el vicio se presenta allí sin disfraz que le haga parecer amable. Es un caso fulminante de naturalismo fotográfico, con todas las consecuencias inherentes á este modo de representación elemental y grosero, en que la realidad se exhibe sin ningún género de selección artística y hasta sin plan de composición ni enlace orgánico. Con saber que llegan á ciento veinticinco los personajes de esta fábula, si tal nombre merece, puede formarse idea del barullo y confusión que en ella reina. No es comedia, ni novela tampoco, sino un retablo ó más bien un cinematógrafo de figurillas obscenas, que pasan haciendo muecas y cabriolas, en diálogos incoherentes. En rigor puede decirse que la *Lozana* no está escrita, sino

(1) Vid el tomo II de mi *Historia de los Heterodoxos Españoles*, pág. 113.

(2) Está descrita con el número 4.568 en las adiciones al *Ensayo* de Gallardo (t. IV, cols. 1563-64). Las palabras con que termina este volumen son exactamente las mismas que Delicado solía usar, aunque no se expresa su nombre. «Estampado en la ynclita ciudad de Venecia; hizo lo estampar miser Juan Batista Pedrezano, mercader de libros: por importunacion de muy munchos señores » a quien la obra y estilo y lengua Romance Castellana muy munchos plaze. Correcto de las letras » que trastrocadas estaban: se acabo año del Señor 1531. A dias 20 Novembris. Reinando el inclito y » serenissimo principe miser Andrea Griti, Duque clarissimo. Cum gracia y privilegio del inclito e » prudentissimo Senado; a la libreria o botecha que tiene por enseña la Torre junta al puente de » Rialto »

hablada, y esto es lo que da tan singular color á su estilo y constituye su verdadera originalidad.

Aunque muy admirador de la *Celestina*, que cita desde la portada y vuelve á mencionar en otras partes (1), Delicado no pertenece á la escuela de Fernando de Rojas, ni era capaz de comprender siquiera el arte tan profundo y humano de la tragicomedia de Calisto y Melibea. Sólo podía asimilarse los elementos picarescos de aquella creación, y ni aun esto hizo, porque las costumbres que describe son más italianas que españolas, y él mismo era un español italianizado. El tipo de la protagonista Aldonza carece de la grandeza y de la perversidad transcendental del de Celestina. Una sola seducción y tercería de ésta significa más que todas las acciones indignas y vituperables que comete la Lozana y todos los disparates que pronuncia su cínica lengua. La «parienta del Ropero, conterránea de Séneca, Lucano, Marcial y Averoës» (página 184), no pasa de ser una moza desenvuelta y atolondrada, de mala vida y buen humor, de natural despejo y fácil labia, que trabaja por cuenta propia y ajena en aventuras escandalosas, pero que se guarda mucho de corromper la virtud de las doncellas ni de inquietar con mensajes y tercerías á las mujeres honradas. Su conciencia moral está atrofiada por la vileza de su oficio, pero su índole nativa no parece tan abominable como sus costumbres.

Se ha supuesto que Delicado pudo tener otros modelos, ya en la literatura clásica, ya en la italiana de su tiempo, para la forma de coloquios desligados que dió á su obra. Los *diálogos meretricios* (*εταρικοί διάλογοι*) de Luciano ofrecen una serie de escenas que, salvo dos ó tres verdaderamente monstruosas, tienen una gracia ática digna del elegantísimo sofista de Samosata. Pero dudamos mucho que hubiesen llegado á noticia del autor de la *Lozana*. Francisco Delicado, lo mismo que Pedro Aretino, con quien algunos le han comparado, pertenece al Renacimiento, no por su cultura, sino por sus vicios. El Aretino escasamente sabía latín, cosa que apenas se concibe en un literato italiano del siglo XVI. Y aunque de nuestro Delicado, que se preciaba de discípulo del Nebriense, no pueda decirse otro tanto, su libro no indica familiaridad alguna con las letras clásicas, salvo con el *Asno de Oro* de Apuleyo, que parece haber manejado mucho, ya

(1) En el prólogo habla del «arte de aquella mujer que fué en Salamanca en tiempo de Celestino segundo». Claro que es broma lo de la época de Celestino II, cuyo breve pontificado pertenece al siglo XII (1143-1144), pero la indicación de Salamanca es uno de los más antiguos testimonios que pueden encontrarse en favor de la tradición que pone allí el teatro de la tragicomedia de Rojas. Ya que me olvidé de citarlo en su lugar propio, subsano aquí la falta.

Pág. 187: «Monseñor, esta es *Cárcel de Amor*, aquí idolatró Calisto, aquí no se estima Melibea, » aquí poco vale Celestina».

Pág. 255: «Dicen que no es nacida ni nacerá quien se la pueda comparar á la Celidonia, porque » Celestina la sacó de pila».

La Lozana se hacía leer por los amigos, entre otras composiciones literarias, la *Celestina*: «Quiero que me leais, vos que teneis gracia, las coplas de Fajardo y la comedia Tinalaria y á Celestina, que huelgo de oír leer estas cosas mucho.

»Silvano.—¿Tiénela vuestra merced en casa?

»Loz.—Señor, vedla aquí, mas no me la leen á mi modo, como hareis vos» (pág. 239).

La *Comedia Tinelaria* es de Bartolomé de Torres Naharro. Las coplas de Fajardo no deben de ser otra cosa que la bestial *C... comedia del Cancionero de Burlas*, dedicada, como en ella se dice, al «noble caballero Diego Faxardo, que en nuestros tiempos en gran luxuria floreció en la ciudad de » Guadalaxara».

en el original, ya en la elegante versión del arcediano de Sevilla, Diego López de Cortegana (1).

Otros han supuesto que la *Lozana* era una imitación de los *Ragionamenti* del Aretino, á los cuales se parece, en efecto, de una manera extraordinaria (2). Pero hay una razón cronológica que impide admitir esta imitación. La *Lozana* estaba escrita desde 1524 y fué impresa en 1528. Todas las obras del Aretino análogas á la novela española son posteriores á esa fecha. El *Ragionamento della Nanna e della Antonia* es de 1533; el *Dialogo della Nanna e della Pippa sua figliola* es de 1536; el *Ragionamento del Zoppino fatto frate... dove contiensi la vita e genealogia di tutte le cortegiane di Roma*, que algunos han señalado como modelo de la *Lozana* (3), no se publicó hasta 1539. Si imitación hubo, sería, pues, del Aretino y no á la inversa, y así lo han conjeturado algunos críticos italianos tan competentes como Arturo Graf (4). Pero no creo en semejante imitación, que por otra parte ningún honor haría á nuestra literatura. El Aretino no necesitaba recibir lecciones de nadie en semejante materia, y menos del autor oscurísimo de la *Lozana*, á quien nadie cita ni en Italia ni en España durante aquella centuria (5). Las semejanzas que entre los dos autores existen nacen de la materia misma y de los procedimientos de vulgar realismo que uno y otro emplean.

En rigor, la *Lozana* no tiene antecedentes literarios. Nació de la vida y no de los

(1) «*Lozana*.—Andate ahí, p... de *Tesalia*, con tus palabras y hechizos, que más sé yo que no tú ni cuantas nacieren, porque he visto moras, judías, zingaras, griegas y cecilianas, que éstas son las que más se perdieron en estas cosas, y vi yo hacer muchas cosas de palabras y hechizos, y nunca vi cosa ninguna salir verdad, y todas mentiras fingidas, y yo he querido saber y ver y probar como Apuleyo, y en fin hallé que todo era vanidad, y cogí poco fruto, y así hacen todas las que se pierden en semejantes fantasías» (pág. 267).

«*Loz*.—Como dixo Apuleyo, bestias letrados» (pág. 303).

«*Porfirio*.—¡Oh Dios mío y mi Señor! como Balán hizo hablar á su asna ¿no haría Porfirio leer á su Robusto, que solamente la paciencia que tuve cuando le corté las orejas me hace tener amor? pues vestida la veste talar, y asentado y bello, como tiene las patas como el asno de oro de Apuleyo, es para que le diesen beneficios, cuanto más graduallo bacalarío» (pág. 324).

El mismo Porfirio dice de su asno que «no sabe leer, no porque le falte ingenio, mas porque no lo puede exprimir por los mismos impedimentos que Lucio Apuleyo, cuando, siendo asno, retuvo siempre el intelecto de hombre racional» (pág. 324).

(2) Esta semejanza fué advertida primeramente por los señores Fuensanta del Valle y Sancelo Rayón en la advertencia preliminar de su edición de la *Lozana*, pág. 7.

(3) Th. Braga, en un artículo muy interesante de la *Bibliographia Critica*, de F. Adolpho Coelho, tomo I (y único). Porto, 1875, pág. 99.

Es cierto que en la *Lozana* se cita más de una vez á Zopin, pero no como personaje literario, sino como tipo popular, como uno de los rufianes más conocidos en Roma (pág. 203). La *Lozana* se indigna de que la comparen con él.

(4) *Giornale Storico della letteratura italiana*. Turín, 1880, tomo XIII, pág. 317. Ya el traductor francés Alcides Bonneau había notado la prioridad cronológica de la obra de Delicado sobre los *Ragionamenti* del Aretino.

(5) «È discutibile e discutibilissimo che l'Aretino abbia foggiate i *Ragionamenti* e la *Puttana errante* sul tipo della sfrontata ed accorta *Lozana Andaluza* di Francesco Delgado, come pare inclini ad ammettere il Graf. Nella vita licenciosa delle cortigiane e femmine di postribolo l'Aretino, esperto di tutto, ne sapeva un punto di più del Delgado... nè a me consta che la *Lozana*, benclè composta a Roma, godesse grande diffusione a' tempi dell'Aretino.»

(A. Farinelli. En la *Rassegna Bibliografica della letteratura Italiana*, tomo VII, pág. 281. Pisa, 1900).

libros: fué un producto mórbido de la corrupción romana. Su valor es nulo, pero su importancia como documento histórico es grande, con ser tantos los que existen sobre la prostitución en el siglo del Renacimiento. Extraño y singular mundo aquel en que nos hace penetrar la *Lozana*. No es el de aquellas cortesanas cultas y literatas como Tulia de Aragón y Verónica Franco, en quienes renació hasta cierto punto el tipo de las *heteras* griegas (1), sino el mundo abigarrado y confuso, en gran parte de importación extranjera, que llenaba los prostíbulos de Roma y que ya en 1490 alcanzaba, según el *Diario* de Esteban Infessura, la formidable cifra de 6.800 mujeres, «exceptis illis quae in concubinato sunt et illis quae non sunt publice sed secreto» (2); cifra inferior, sin embargo, á la de Venecia, donde al comenzar el siglo eran, según Marino Sanudo, 11.654 en una población de 300.000 habitantes (3). Toda casta de gentes y naciones se mezclaba en este ejército del pecado, y el autor de la *Lozana* hace una curiosa enumeración geográfica de ellas (4), aparte de otras clasificaciones y distinciones en que no hay para qué entrar. A veces nombra á meretrices opulentas y pomposas, como la célebre Imperia la aviñonesa (5) y *madona Clarina, la favorita*; pero principalmente habla de sus paisanas, que parece haber tratado más de cerca y de cuyas andanzas estaba mejor informado: «la de los Ríos, que fué aquí en Roma peor que Celestina y manaba en oro» (pág. 160); «la Xerezana, la Garza Montesina, la galan portuguesa, que mandaba en la mar y la tierra, y señoreó á Nápoles, tiempo del gran Capitán, y tuvo dineros más que no quiso, y verla allí asentada demandando limosna á los que pasan!» (pág. 248).

(1) Vid. el precioso estudio de A. Graf, *Una cortigiana fra mille: Veronica Franco*, en su libro *Attraverso il Cinquecento* (Turín, 1888, pp. 217-355).

(2) Apud Eccard, *Corpus historicorum mediæ aevi*, tomo II, pág. 1997. Apud Graf, pág. 284.

(3) *Diarii*, tomo VIII, col. 414. Apud Graf, pág. 286.

(4) «Hay de todas naciones; hay españolas castellanas, vizcaínas, montañesas, galicianas, asturianas, toledanas, andaluzas, granadinas, portuguesas, navarras, catalanas y valencianas, aragonesas, mallorquinas, sardas, corsas, sicilianas, napolitanas, brucesas, pullesas, calabresas, romanescas, aquilanas, senesas, florentinas, pisanas, luquesas, boloñesas, venecianas, milanesas, lombardas, ferraresas, modonesas, brecianas, mantuanas, raveñanas, pesauranas, urbinesas, paduanas, veronesas, vicentinas, perusinas, novaresas, cremonesas, alexandrinas, vercelesas, bergamascas, trevijanas, piedemontesas, saboyanas, provenzanas, bretonas, gasconas, francesas, borgoñonas, inglesas, flamencas, tudescas, esclavonas y albanesas, candiotas, bohemias, húngaras, polacas, tramontanas y griegas.»

«*Lozana*.—Ginovesas os olvidais.

«*Bolijero*.—Esas, señora, sonlo en su tierra, que aquí son esclavas ó vestidas á la ginovesa por cualquier respeto» (pp. 107-108).

(5) La Imperia Romana, manceba del célebre banquero Agustín Chigi, murió en 1511, según lo publicaba su insolente epitafio en la capilla de Santa Gregoria. «Imperia Cortisana Romana quae digna tanto nomine, rarae inter mortales formae specimen dedit. Vixit a. XXVII, d. XII. Obiit MDXI, die XV Augusti.»

La Imperia Aviñonesa que aparece en el *Retrato de la Lozana* (mamotretos 60-62) debe de ser una cortesana posterior, que tomó el nombre de la primera, según acostumbraban las de su oficio: «Y como vienen, luego se mudan los nombres con cognombres altivos y de gran sonido, como son: la Esquivela, la Cesarina, la Imperia, la Delfina, la Flaminia, la Borbona, la Luteca, la Franqui-lana, la Pantasilea, la Mayorana, la Tabordana, la Pandolfa, la Dorotea, la Oropesa, la Semi-dama, y doña tal, y doña Adriana, y así discurren, mostrando por sus apellidos el precio de su labor» (pág. 109).